



DOI:<https://doi.org/10.58210/rcdap156>

**LA FIGURA ANTROPOMORFA Y LA OCUPACIÓN NEOLÍTICA DE LA CUEVA
DE LA HIGUERA (ISLA PLANA, CARTAGENA). REGISTROS DE CULTURA
MATERIAL E INTERPRETACIÓN ICONOGRÁFICA**

THE ANTHROPOMORPHIC FIGURE AND THE NEOLITHIC OCCUPATION OF
THE CUEVA DE LA HIGUERA (ISLA PLANA, CARTAGENA) RECORDS OF
CULTURAL MATERIAL AND ICONOGRAPHIC INTERPRETATION

MIGUEL MARTÍNEZ ANDREU

Dr. en Prehistoria. España
miguelmandreu@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-4428-9384>

Recibido: 5-10-23 **Aceptado:** 1-12-23 **Publicado:** 1-1-24

Resumen

Se lleva a cabo una revisión del arte rupestre de esta estación prehistórica, que cuenta con un interesante depósito arqueológico en su interior. Las excavaciones realizadas a comienzos del actual siglo, permitieron documentar una amplia serie estratigráfica que se extiende desde el Paleolítico superior hasta nuestros días. Los materiales neolíticos asociados a la figura antropomorfa, así como las nuevas propuestas acerca de su significado, requieren una puesta al día para este yacimiento.

Palabras claves

Sureste península Ibérica, España. Arte rupestre, Neolítico, cultura material, pescadores, recolectores, simbolismo

Abstract

We update the schematic rock art painting of this small cave, which has an interesting landfill. The archaeological excavations that were carried out at the beginning of the 21 st century has given proved a large stratigraphic series from the upper Palaeolithic to the present day. The neolithic materials that are associated with the anthropomorphic figure as well as new proposals about its significance, require an update for this important site.

Key words

Southeast Iberian peninsula, Spain. Schematic rock art, Neolithic, material culture, fishermen and gatherers, symbolism

A modo de preámbulo. El arte rupestre en las tierras bajas de la Region de Murcia, una cuestión por resolver

Por razones para las que la investigación parece aún no tener respuestas, el territorio que comprende la porción meridional de la actual Región de Murcia tiene uno de los repertorios de arte prehistórico más escasos del sureste peninsular, y ello a pesar de contar con un importante número de yacimientos que cubren prácticamente todo este largo período, muchos de ellos ya excavados. A primera vista, y considerando que tanto en la porción septentrional de la propia región, como en los territorios limítrofes del núcleo valenciano y andaluz hay sobrados testimonios, se diría que tal vacío no ha de ser sino la consecuencia de una deficiente planificación en materia de prospecciones, pues no se entiende bien que a día de hoy persista un saldo tan exiguo, con apenas tres evidencias, dos de ellas irreconocibles o alejadas de los encuadres al uso, en un territorio donde los yacimientos de época paleolítica y neolítica están bastante bien representados.

Creer que tal penuria pueda llegar a ser una cuestión de poca fortuna a la hora de concretar hallazgos, sería poco menos que admitir una especie de determinismo histórico que contradice cualquier intento de conocer la realidad que subyace en el problema, alejándolo del análisis y del rigor necesarios para responder a esas dos inquietantes preguntas –cómo y dónde se llevaron a cabo– que planean sobre esas artes que aún hoy tan esquivas se nos antojan.

Es verdad que los condicionantes que aquí impone el medio físico, especialmente en lo tocante al escaso desarrollo de las cavidades de origen cárstico por la presencia de dolomita en las calizas alpujárrides, poco solubles, muy diferente a los grandes desarrollos que alcanzan en otras regiones de la cornisa cantábrica, por ejemplo, donde son frecuentes los ejemplos preservados en muchos casos gracias a unas condiciones de temperatura y humedad que aquí

rara vez se dan, y a otros factores físico-químicos en los abrigos más expuestos, influyen sobre los espacios candidatos a contener tales artes y a las condiciones para su conservación. Es posible que tengamos que volver la vista hacia otros ámbitos y soportes a los que no está acostumbrada nuestra mirada, tal vez viciada por los ampulosos espacios profundos y el sobrecogimiento de otros escenarios y latitudes.

El mundo de los cazadores, plagado de un bestiario rico y diverso repleto de relatos míticos, o el de las sociedades campesinas neolíticas, con un marcado simbolismo, probablemente nunca dejará de sorprendernos. Está tan estrechamente ligado a las sociedades que lo gestaron y a sus relatos míticos, que cuesta creer que un hiato espacial haya podido dejar casi en orfandad pictórica a estas tierras bajas del sureste. Habremos de esperar pues a que nuestro horizonte visual se acomode a nuevos patrones que tengan en cuenta las singularidades de nuestro Mediterráneo ibérico, afinando estrategias sobre formas y lugares lejos de los convencionalismos al uso, con ayuda de las nuevas tecnologías, para que el tiempo nos dé la razón.

Pero hasta que el pronóstico se cumpla, tenemos que conformarnos con el único testimonio que a día de hoy cuenta para esta comarca, una figura que además nos ha llegado con pérdidas que afectan a su porción inferior y que dificultan su interpretación. Afortunadamente, el extenso conjunto de elementos de cultura material que la arrojan sí que nos permite fijarla en una banda espacio-temporal concreta que la dota de sentido, y que nos ayuda a conjeturar sobre su significado.

Introducción

Descubierta y bautizada en 1982 por el Centro Excursionista de Cartagena, la Cueva de la Higuera está situada en el sector central del golfo de Mazarrón, frente al islote que da nombre a la localidad de Isla Plana, en el término municipal de Cartagena (Figuras 1 a 3). Las excavaciones arqueológicas de su depósito se llevaron a cabo en dos etapas, la primera de ellas entre 1985 y 1987¹ y otras posteriores entre los años 2001 y 2008². Los avances en el estudio de sus materiales, las posteriores dataciones absolutas de la secuencia, y algunas nuevas propuestas sobre la interpretación de la figura, requieren una puesta al día para este yacimiento.

¹ M. Martínez Andreu y J. L. Sánchez Gómez, La comarca de Cartagena. La Cueva de la Higuera. El Arte Rupestre. En J. Mas (dir) Historia de Cartagena num II. (Murcia: Ediciones Mediterráneo, 1986), 209-218.

² M. Martínez Andreu, La Cueva de la Higuera (Isla Plana, Cartagena) en el contexto del arte rupestre postpaleolítico mediterráneo. Mastia num 9 (2013): 51-77.



Figura 1
Cueva de la Higuera. Vista del interior



Figura 2
Situación del yacimiento



Figura 3
La bahía de Mazarrón desde el Cedacero

En los años en que fue dada a conocer, la Cueva de la Higuera se encontraba semioculta por varios metros cúbicos de ripios, siendo únicamente practicable una pequeña parte de la sala central. El sector denominado como vestíbulo no era entonces mucho más que un estrecho hueco apenas transitable, colapsado por las piedras de un desvencijado murete de pastores, y por la enmarañada higuera crecida en su interior, la misma que inspiró a sus descubridores para dar nombre a la cueva (Figuras 4 y 5).



Figura 4
Cueva de la Higuera. En primer término el enrejado que da acceso al vestíbulo



Figura 5
Cueva de la Higuera. Acceso desde la sala central

Alejada aquella amenaza que había terminado casi sepultándola con las piedras vertidas desde los campos de labor de sus alrededores, la cueva de La Higuera afronta hoy nuevos retos que afectan esencialmente al paisaje de su entorno, profundamente transformado por un urbanismo de costa que crece desmesurado, sin modelo ni norma, que en pocos años ha avanzado hasta aposentarse a los pies mismos de la cavidad.

1. El hallazgo en su contexto

Transcurridos más de cuarenta años desde el descubrimiento y de las primeras publicaciones de mediados de los años ochenta, es de obligado cumplimiento reseñar aquellos últimos trabajos llevados a cabo en 2005 por el Servicio de Restauración de la Dirección General de Bienes Culturales de la Comunidad Autónoma de Murcia, que permitieron hacer nuevas tomas fotográficas con luz ultravioleta, y obtener imágenes por reflectografía infrarroja (Figura 6), así como los posteriores relativos al tratamiento de imágenes 3D, dirigidos por P. Lucas Salcedo y T. Fernández Azorín, que nos autorizan por el momento a validar al antropomorfo como la única representación de arte rupestre positivamente identificada en la cavidad.



Figura 6

Pruebas de reflectografía infrarroja llevadas a cabo por la Dirección General de Bienes Culturales de la Comunidad Autónoma de Murcia

Uno de los aspectos más destacados de esta estación prehistórica son los importantes registros de cultura material que encierra su depósito, especialmente intenso en lo que respecta a los períodos paleolítico, neolítico, y romanización. La peculiar disposición de la figura, en el vestíbulo de la entrada, justo en el lugar más visible en términos de frontalidad, le ha otorgado después de las excavaciones un inusitado protagonismo del que antes carecía a causa de la colmatación que presentaba este sector, haciendo posible el tránsito por un lugar que hasta no hace mucho era casi impracticable.

Como es de suponer, el tema de la autoría de la figura no queda incontrovertiblemente resuelto teniendo la cavidad testimonios tan variados y dilatados en el tiempo, pero los datos hasta ahora recogidos durante las excavaciones arrojan bastante luz en este sentido, y señalan al horizonte de ocupación neolítica como el vinculado a su ejecución, no sólo por ser aquí donde el paso al interior más cómodo resulta, sino por los convincentes hallazgos

realizados en la campaña de 2005, donde un fragmento de cerámica impresa (Figura 7) y algunos trozos de ocre rojo fueron hallados en el nivel 3 del cuadro 16 D, justamente al pie de la figura.



Figura 7
Fragmento de borde en cerámica impresa con festones punteados. Nivel 3.
Neolítico, al pie del antropomorfo

2. Los materiales arqueológicos

La diferente proporción de áreas excavadas dentro del yacimiento, no nos permite valorar con igual precisión todas las etapas que aquí están representadas. Los episodios correspondientes a las ocupaciones paleolíticas, únicamente alcanzados en dos cuadros 13 y 14 F, han dado un repertorio industrial denso, aunque con pocos efectivos contabilizados debido a la escasa superficie sometida a excavación, sobre todo si se compara con los aportados por la secuencia neolítica, la de romanización o las de época moderna y contemporánea, que han sido mucho más extensos.

La configuración de la cavidad, inicialmente articulada en tres estancias que correspondían a otros tantos espacios aparentemente independientes (vestíbulo, central y camarín) se ha mantenido, a pesar de que la progresión de los trabajos vino a mostrarnos un único espacio conformado por tres ambientes comunicados entre sí (Figura 8).

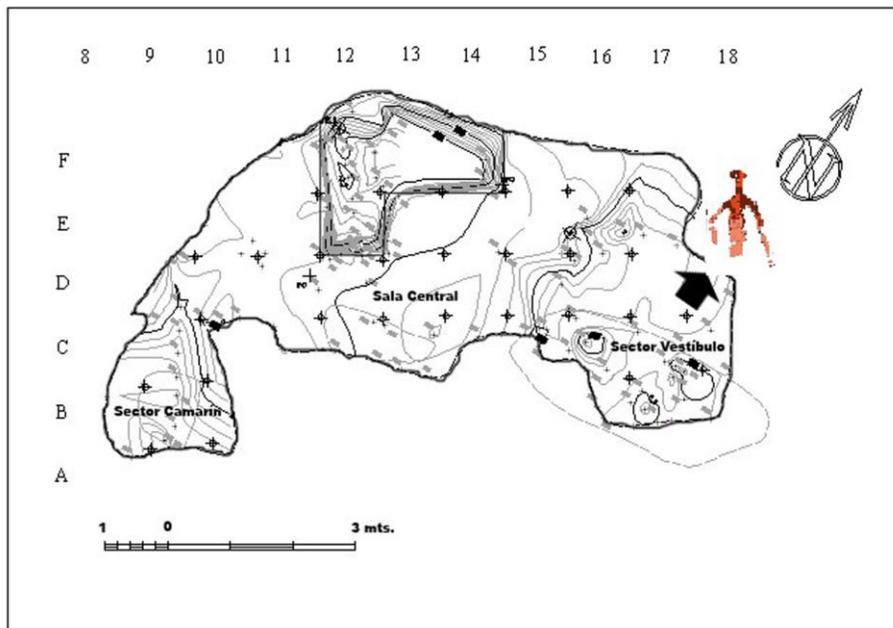


Figura 8
Cueva de la Higuera. Planta a cota 54.229 (s.n.m.)

De techo a muro, la estratigrafía de la Cueva de la Higuera se distribuye del siguiente modo:

2.1. Contemporánea: fase I

Corresponde a la ocupación más reciente de la cavidad, si exceptuamos la colmatación con piedras practicada a mediados del siglo XX, y se asocia según los testimonios de algunos vecinos³, a un episodio temporal de mediados de los años cuarenta, momento en que fue habitada por una modesta familia de pescadores. De esa ocupación nos han llegado abundantes fragmentos cerámicos, como tazas, platos, algunos vidrios, y otros objetos domésticos, entre ellos unas tenazas y un cubo de cinc.

2.2. Contemporánea: fase II

Descansa bajo la anterior, y tiene una menor presencia de evidencias materiales, que se ciñen al sector del vestíbulo y se concretan en varios peines intactos de munición de fusil Mauser, además de otros cartuchos de armas similares, alguno ya disparado. Esta ocupación parece estar ligada a los acontecimientos de la Guerra Civil española, y más concretamente al destacamento que atendía una pequeña batería antisubmarina en el centro de la

³ A. Gómez Vizcaíno, Tierras de Poniente: La Azohía – Isla Plana. (Murcia: Editorial Aglaya, 2005).

isla que da nombre a la localidad, del que este lugar debió funcionar como puesto de vigilancia de apoyo gracias al amplio campo visual que domina.

2.3. Moderna: siglos XVI - XVII

Está representado por algunos fragmentos cerámicos, ollas, platos y cuencos, que fechan esta ocupación en ese tiempo, coincidiendo con el importante crecimiento demográfico que experimentó toda la comarca tras ser designada Cartagena como base de galeras por la monarquía. La presencia de un fuerte contingente militar en torno a la plaza, y el control de los espacios marítimos cercanos a ella, no solo facilitó la repoblación de los sectores costeros como el que aquí tratamos, que hasta entonces había estado muy limitada por las amenazas de piratas berberiscos, sino que afianzó la seguridad de los nuevos colonos, en su mayor parte pescadores. A este momento pertenecen, entre otras evidencias cerámicas, una forma cerrada informe de vidriado violáceo fechada a mediados del siglo XVI y un borde de la forma Matilla IV de comienzos del siglo XVII.

2.4. Romanización: siglos IV – V d. C.

Cuenta con dos tramos secuenciados, sin grandes rupturas aparentes, que corresponden a otras tantas ocupaciones de la cavidad, y que por el momento han sido localizados en el sector del vestíbulo. El más superficial de ellos es de cronología bajo imperial y a él se asocian algunos materiales cerámicos de factura tosca de producción local o regional, como ollas, cuencos y platos, que abarcan un abanico cronológico comprendido entre los siglos IV y V d.C. También a este nivel tardorromano pertenece una pequeña moneda, un *nummus* de Constancio II, fechado a mediados del siglo IV d.C.

En ese tiempo, el vestíbulo de la cavidad experimentó algunas pequeñas reformas que pretendían hacer más cómoda la estancia, de las que han quedado algunos rastros, como el tosco enlosado de piedras, y un murete de cerramiento que en algún momento se desmoronó sobre el vestíbulo sin que volviera a ser repuesto. El hallazgo de una estructura de combustión sobre los cuadros 15 y 16-C y algunos fragmentos de escorias de plomo en el 18-C, inequívocamente licuadas por fundición, sugieren un pequeño taller destinado al autoabastecimiento de objetos de plomo para las artes de la pesca.

2.5. Romanización: siglo II a. C.

El segundo momento de la romanización, más antiguo y de menor intensidad, se halla bajo el anterior. No tenemos asociados a este episodio aditamentos ni estructuras en la cueva, o si las hubo no ha quedado rastro de ellas, lo que nos hace sospechar que se habitó tal como se encontraba en aquel momento. Por otra parte, la ocupación de cuevas y abrigos rocosos en toda la

costa ha sido una práctica muy extendida durante este período, no solo como hábitats singulares, santuarios, o eremitorios, sino también como espacios domésticos; tanto más en la costa, donde los cotos mineros del cinturón montañoso litoral de Cartagena y Mazarrón, junto con la pesca artesanal, exigían importantes contingentes de mano de obra; obreros y esclavos, algunos de ellos irremisiblemente abocados al uso de este tipo de hábitats rupestres.

Como era de suponer, los materiales asociados a esta banda temporal, se alejan de las cerámicas habituales en las vajillas de mesa de la vecina y cosmopolita ciudad romana de Carthago Nova, estando aquí solo presentes las formas más comunes de cocina, de clara producción local, algunos recipientes y ánforas. Entre estas últimas hay que destacar varios fragmentos de formas PE 17, de origen púnico-ebusitano, que fijan una cronología de comienzos del siglo II a.C. totalmente ajustada a esa temprana romanización que la comarca experimentó tras ser ganada para Roma por Escipión, un hecho que refrendan otras formas anfóricas republicanas itálicas encontradas aquí (de producción Apula) datables a mediados del siglo II a.C. y algún fragmento de cerámica pintada indígena. La continuidad del hábitat queda testimoniada por otras producciones, como Dressel I, que nos llevan hasta el siglo I a.C., pasando por algunos fragmentos de cubilete de paredes finas (cambio de era) hasta alcanzar el siglo IV d.C. con alguna forma de T.S. Africana D 61A. Un extenso período cronológico que vuelve a referirnos a esas bondades que secularmente la cueva ha ofrecido para el hábitat, y a su estratégica situación en el centro de la bahía de Isla Plana.

2.6. Neolítico medio

Es, sin duda, uno de los momentos más densos y también más intensos de la ocupación de la cueva, y consiguientemente, de los que más evidencias acumula en el registro arqueológico. La datación radiocarbónica obtenida para este horizonte, 5.560 ± 30 B.P.⁴ lo sitúa un momento intermedio, carente de formas cerámicas cardiales, pero con una excelente representación de temas impresos (Figuras 9 a 13).

El uso de la cavidad tiene ya en ese momento algo restringida la comunicación entre el sector del camarín y la sala central, siendo ésta última y el vestíbulo las áreas preferentes para el hábitat. Es precisamente ese estrecho corredor que une los dos ambientes, el que fue utilizado para componer un cuidado vaciadero acotado en su perímetro exterior por unas hiladas de piedras planas, sirviendo como fondo del mismo la pared rocosa de la cavidad. El conjunto del vaciadero (cuadros 9E-9D) apenas supera un metro cuadrado de superficie, y

⁴ D. Román Monroig et al., "Shellfish collectors on the seashore: The exploitation of the marine environment between the end of the Palaeolithic and the Mesolithic in the Mediterranean Iberia". *The journal of Islands and Coastal Archaeology* num 17,1 (2020): 43-64.

algo menos de un metro cúbico de volumen, pero en su interior se acumularon vertidos que nos permiten tratar a este conjunto cerrado como un interesante hallazgo, tanto por la cantidad como por la variedad de materiales que conservaba.

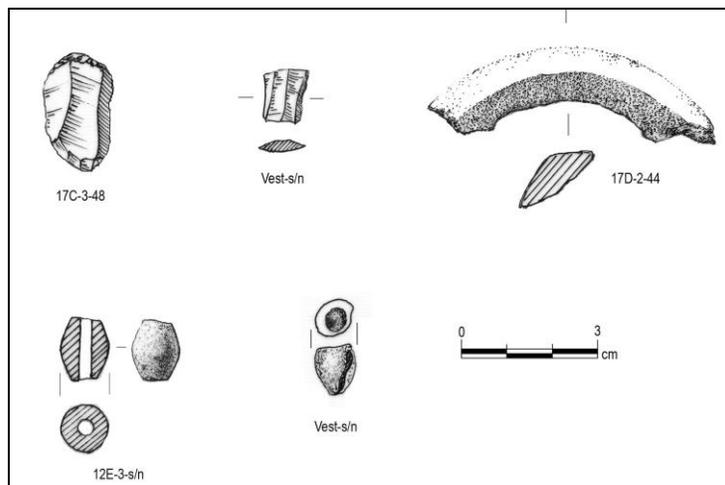


Figura 9
Materiales neolíticos del sector Vestíbulo

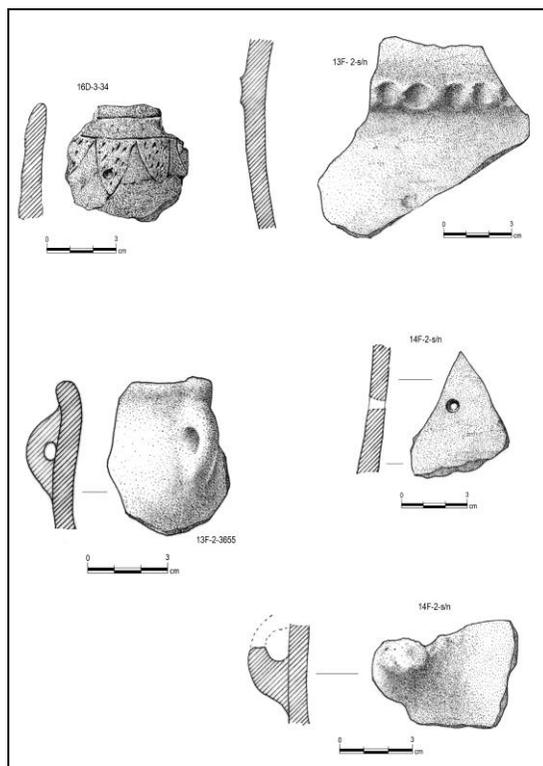


Figura 10
Neolítico. Vestíbulo y sala central

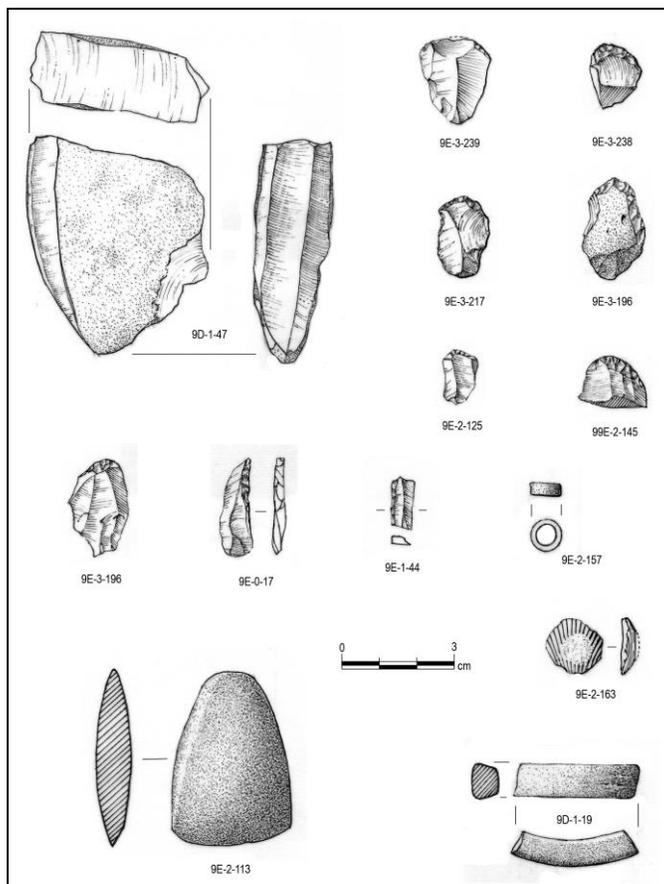


Figura 11
Neolítico. Vacadero (I)

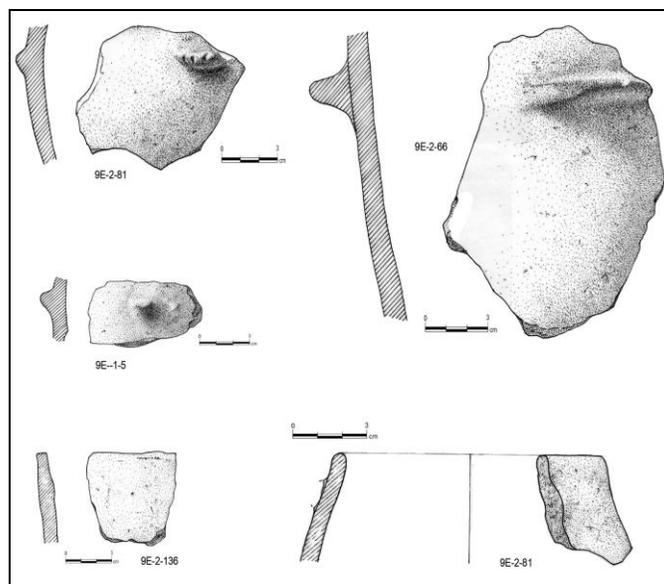


Figura 12
Neolítico. Vacadero (II)

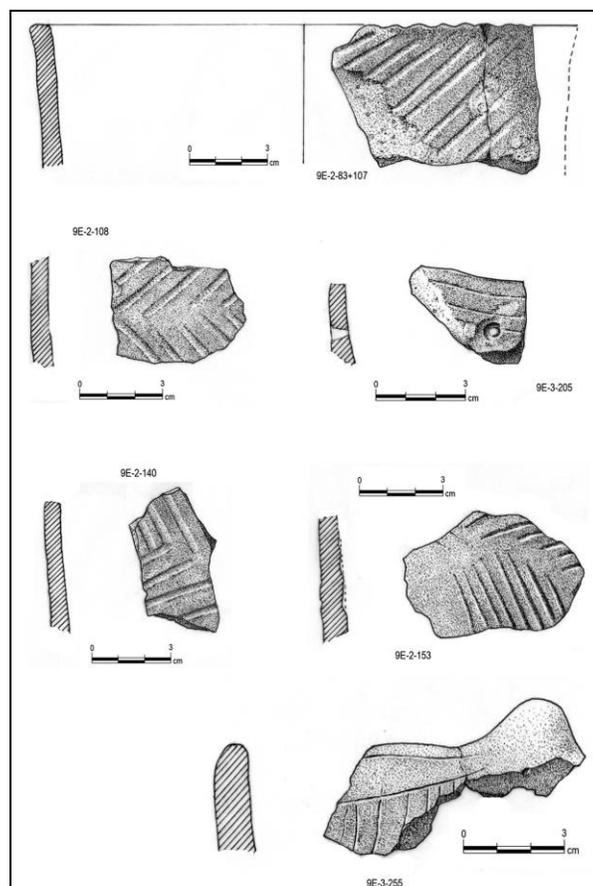


Figura 13
Neolítico. Vaciadero (III)

Del conjunto cabe señalar la heterogeneidad de los restos que fueron allí arrojados, exponentes todos ellos de las actividades practicadas por aquellas gentes. Como dato curioso, anotar la presencia de abundantes guijarros de playa, que hacen sospechar del uso de algún tipo de nasas como arte de pesca, entre cuyos entramados debieron quedar atrapados. Como era de esperar, las vértebras de peces son bastante abundantes, como también lo son las conchas marinas, algunas traídas como aporte a la dieta, y otras recogidas por su carácter estético-ornamental, como es el caso de un gran ejemplar de *Cymatium corrugatum*, que bien pudo ser usado como bucinador. Todas estas evidencias, tan ligadas a la pesca y al marisqueo, muestran el importante peso específico que esta actividad tuvo para sus habitantes, y están presentes incluso en el modo de obtener los abalorios, ejecutados en buena parte desde materias primas de origen marino, como algunas cuentas de collar confeccionadas por abrasión a partir de las valvas de *Cerastoderma*, (figura 9, num 157 y 163) o el fragmento de pulsera compuesta, realizada sobre un fragmento pulido de *Glycymeris* (figura 9, num 44), además de las pequeñas conchas perforadas de *Collumbella rustica*, todo un clásico en este tipo de ornatos.

El escaso protagonismo que las actividades agrícolas dejan sentir en la Cueva de la Higuera, donde no se han encontrado cereales hasta el momento, nos hace pensar que esos mismos suelos pedregosos de escaso porte marcados por la aridez, propios de la comarca y que tan mal se prestan para el cultivo de cereales, ya estaban instalados tras el óptimo climático cuando el lugar fue habitado durante la fase neolítica, por lo que no ha de extrañar que sus gentes focalizaran sus actividades hacia la provisión de una de las más importantes fuentes proteínicas como es sin duda la pesca. Es muy posible que La Higuera formase parte de un complejo sistema de explotación territorial, complementario de otros escenarios geográficos, donde este emplazamiento situado al borde del mar cobraría pleno sentido; un lugar más dentro de esa variedad de sitios tendentes a optimizar la gestión de los recursos, en el que tampoco pueden excluirse otras actividades de carácter cultural, como se ha señalado para la vecina región valenciana en contextos neolíticos tempranos⁵, coincidiendo en todos los casos con el arte marcoesquemático aunque aquí, a decir verdad, ni hay rastros materiales que confirmen ese tipo de prácticas, ni la datación obtenida fija la ocupación en un momento tan inicial.

La presencia de algunos restos óseos de animales domésticos en La Higuera, avalada por varios fragmentos de oveja en el sector del vestíbulo, no contradice en absoluto esa decidida vocación marítima de la que dan testimonio los numerosos hallazgos materiales, sino que la complementa, dotándola de una coherencia formal dentro de ese marco de la neolitización, donde una pequeña cabaña de ovejas y cabras adaptadas al ramoneo, junto con algún cerdo (a lo que apunta el fragmento quemado de una falange distal de suido) además del trapeo y captura de lagomorfos, posibilitarían un hábitat sostenido en el tiempo⁶, y a ello apunta el hecho de que dispusieran de un vertedero que fue cuidadosamente sellado después de su colmatación, signo inequívoco de un manifiesto deseo de persistir en la ocupación.

2.7. Paleolítico superior

El escaso perímetro sondeado (cuadros 13 y 14 F) no nos autoriza demasiadas precisiones, pero es verdad que los rasgos generales de la industria lítica apuntan a una fase avanzada del Paleolítico superior inmersa en el final de ese Magdalenense final mediterráneo que se extiende por toda la costa peninsular, y que aquí ha sido datado en 12.030 ± 40 B.P.⁷

⁵ J. Soler Díaz, Cova d'en Pardo. Arqueología en la Memoria. (Alicante: MARQ y Ajuntament d'Alcoi, 2012).

⁶ M. Perez Ripoll, "La explotación ganadera durante el III milenio a.C. en la Península Ibérica". II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum num 2 extra (1999): 95-103. Valencia.

⁷ D. Román Monroig et al., Shellfish collectors on the seashore..., 2020.

La industria lítica nos refiere a una más que digna representación de laminitas de borde abatido, una buena presencia de láminas con retoque, algunos buriles diedros de excelente factura, y a los raspadores, que son los elementos más numerosos del cortejo, dibujando un horizonte industrial muy en la línea de otros yacimientos costeros cercanos, como es el caso del Algarrobo⁸, en el vecino término municipal de Mazarrón.

Pero si algún rasgo destaca en todo este conjunto de evidencias paleolíticas, no es otro que la uniformidad cualitativa y cuantitativa de su composición. Un reparto que empieza a cobrar verdadero sentido cuando se compara con otras series comarcales, dando lugar a similitudes realmente sorprendentes. Los ejemplos de las cuevas del Caballo, de la que apenas dista un par de kilómetros, y del Algarrobo (no más de diez), sugieren un aire grupal sostenido bajo un mismo modelo de producción.

Las capturas de mesomamíferos, esencialmente cabra y algunos ciervos, se convierten por su porte en las de mayor interés económico, replicadas aquí por la fuerte presión que ejercieron sobre los lagormorfos, especialmente los conejos, algo que ya habíamos visto en otras estaciones cercanas, y que colocan a esta especie como la más alta en lo que al número de capturas se refiere. Una disponibilidad notable, desde luego, y un sistema de bajo coste energético para su provisión basado seguramente en el trampeo, hicieron posible registros tan elevados como los que aquí se dan.

Otro tanto cabe decir de los gasterópodos terrestres, entre los que la especie *Iberus gualterianus* (*morfo alonensis*) alcanza densidades tan altas, que han llegado producir auténticos concheros, en este caso mixtos, compartiendo espacio con los de origen marino, mostrando así que también la pesca fue otra de las actividades importantes practicadas en este período. Su peso específico, sin ser tan alto como en la fase neolítica, es muy importante, siendo la captura de espáridos la que más restos suma. En cuanto al marisqueo, las especies presentes coinciden prácticamente con las aportadas en la ocupación neolítica, aunque las proporciones varían entre una y otra etapa, algo que debemos poner en relación con la distancia que separaba a la cueva de la costa, con toda seguridad mayor durante los episodios fríos del final del Paleolítico⁹ y que tiene su reflejo en esa menor presión mariscadora que la cueva acusa durante ese período, con respecto al que se produjo durante el estadio isotópico marino (MSI 1) de la plenitud neolítica.

⁸ M. Martínez Andreu, "La Cueva del Algarrobo (Mazarrón, Murcia). Balance de las intervenciones de 1986 a 1996". *Memorias de Arqueología* num 11 (2002): 45-66.

⁹ D. Román Monroig et al., *Shellfish collectors on the seashore...*, 2020.

3. Descripción, contexto e interpretación de la figura

Se trata de una representación antropomorfa bastante esquemática y de un tamaño relativamente considerable (45 centímetros de altura conservados) teniendo en cuenta que aún hay partes casi desaparecidas de la porción inferior. Está ejecutada en color rojo oscuro (7.5 R 2,5/4) con alguna tonalidad más negra que resalta algunas partes del contorno, plasmado en un paño de pared rocosa sobre una superficie sin accidentes, a medio camino entre la visera del vestíbulo y la sala central, dejando a las claras que su emplazamiento no fue casual, sino un hecho meditado, justo sobre el dintel rocoso que da acceso a la cavidad. Su estado de conservación, aunque estable, no es el mejor entre los deseables, y ha llegado hasta nosotros bastante erosionada, con pérdidas especialmente significativas a partir del vientre (Figura 14).

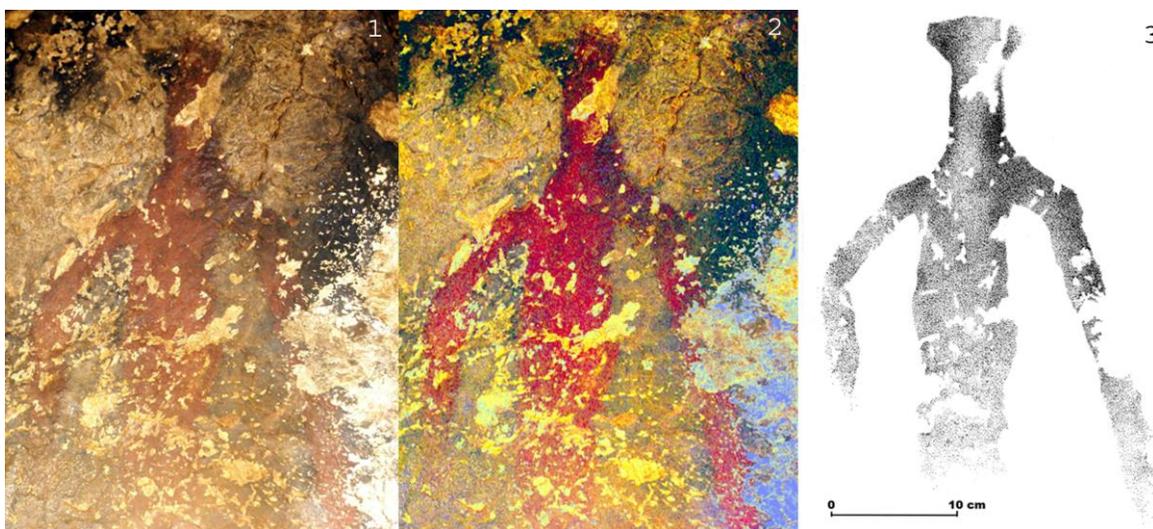


Figura 14

Cueva de la Higuera. 1. Antropomorfo; 2. Foto tratada con DStretch;
3. Calco del motivo antropomorfo

Representa a una figura humana en posición estática, frontal. La cabeza, que casi no se distingue del grueso cuello, está abultada en la parte superior, tal vez sugiriendo el cabello con un peinado, o algún tipo de tocado. Tanto la cabeza como el cuello están perfectamente separados del tronco, que resulta estrecho y largo sin distinción de cintura. En las extremidades superiores, el contorno en línea casi quebrada permite distinguir unos brazos relativamente cortos en contraste con unos antebrazos desproporcionadamente largos y abiertos. La porción inferior de la figura está muy perdida quedando tan solo algunas pequeñas manchas con las que debió tener relación (Figura 15).

Por el tamaño y la forma que adopta, la figura de la Cueva de la Higuera se acomodaría dentro del grupo macroesquemático de carácter seminaturalista, poco

estereotipado desde luego, para el que no es fácil acomodar paralelos. Siendo la única manifestación pictórica hasta ahora conocida de la cueva, y estando además en un contexto comarcal carente de otros ejemplos pictográficos, se presta mal para un encuadre estilístico regional, lo que no impide ligarla a ese mundo simbólico del arte neolítico tan frecuente en la fachada mediterránea peninsular y sus sierras interiores¹⁰ siempre unido a una rica tradición iconográfica donde lamentablemente las imágenes han sido mucho más definidas por sus formas (orantes, ancoriformes, pierniabiertos, antropomorfos radiados, serpentiformes, geminados, etc.) que por su significado real, y que ponen en cuarentena la capacidad para dar respuestas al complejo simbolismo del arte rupestre postpaleolítico.



Figura 15

Cueva de la Higuera. La pintura sobre el panel de acceso al vestíbulo

¹⁰ P. Arias Cabal, De cazadores a campesinos. *Historia de la Humanidad*. Madrid: Arlanza ediciones, 1997; Bicho, N. F. et al., "O proceso de neolitização na costa sudoeste". En V. Oliveira Jorge (coord.), *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular. Vila Real. 1999. num. 3 (2000): 11-22.

Es verdad que hay ejemplos que podrían citarse aquí por sus parecidos formales con la pintura de La Higuera; o mejor dicho, reconocer en ellos algún aire de familia, ya que no existe un paralelo exacto del que echar mano, pero el extenso núcleo del interior de la provincia de Alicante¹¹ acoge formas que recuerdan un tanto a la figura que aquí nos ocupa. Tampoco los dos ejemplos del panel 13 en el abrigo II de La Sarga¹² encuentran un exacto acomodo pictográfico con el modelo de Isla Plana, pero cumplen igualmente con ese aire familiar al que antes nos referíamos, encuadrándose muy bien nuestra figura en el parámetro que les es común a todas ellas: el tamaño. El ejemplo de las figuras del panel 1, en el abrigo IV del Plá de Petracos, aunque un tanto alejada de la rigidez formal de la Higuera, comparte cierta carga genética, enfatizando ese sentido de relato trascendente e icónico que parece impregnar a todas estas imágenes; una tendencia que se ha venido relacionando con los cultos de origen agrícola.

Sin embargo, la escabrosa cuestión del lugar donde fueron pintadas este tipo de manifestaciones, que según Hernández¹³ se resuelve alejada de los lugares donde vivieron, no se cumple en La Higuera, que cuenta con un interesante depósito arqueológico a sus pies repleto de vida cotidiana, como tampoco cumple con ese ambiente interior y serrano donde aparentemente prolifera la mayor parte de ese arte macroesquemático, puesto que aquí se nos muestra en un espacio distinto como sin duda es la costa. En todo caso tampoco se trata de un hecho aislado, y no hay que andar muy lejos para encontrar en tierras alicantinas otra estación con arte esquemático pegada al mar, nos referimos a la problemática figura de la Cueva de las Arañas del Carabasí, que si no aporta ninguna concomitancia en sus aspectos formales, sí comparte al menos esa misma vocación marítima.

Si prescindimos del factor tamaño, las semejanzas formales con la pintura de la Higuera se multiplican. Los antropomorfos del abrigo I de Benirrama, bastante más pequeños, la tienen; y otro tanto habría que decir de los de Pinós, del Barranc de l'Infern, o los de brazos caídos del abrigo de La Mela en la provincia de Almería¹⁴; incluso yendo más lejos, las figuras antropomorfas seminaturalistas del Remosillo, en Huesca¹⁵, pero el principal hecho diferenciador entre una y otras, el tamaño, se revela aquí como algo más que una simple

¹¹ M. S. Hernández Pérez, "Sobre la religión neolítica. A propósito del arte macroesquemático". Scripta in honorem Enrique Llobregat vol I (2000): 137-155; M. S. Hernández, Pérez, P. Ferrer i Marset y E, Català Ferrer, L'Art Esquematic. Catálogo de la Exposición. Alicante: Centre d'Estudis Contestans, 2000).

¹² M. S. Hernández, Pérez, P. Ferrer i Marset y E. Català Ferrer, "La Sarga (Alcoi, Alicante) Nuevas imágenes, nuevas interpretaciones". Recerques del Museu d'Alcoi num 16 (2007): 35-60.

¹³ M. S. Hernández Pérez, "Sobre la religión neolítica....", 2000.

¹⁴ H. A. Mira Perales y C. Gómez de Avellaneda, "Arte postpaleolítico esquemático del Abrigo de la Mela, Sorbas (Almería, España)". Cuadernos de Arte Prehistórico num 14 (2022): 138-162.

¹⁵ V. Baldellou et al., "Las pinturas rupestres de Remosillo en el congosto de Olvena (Huesca)". Bolskan num 13 (1996): 173-215.

cuestión métrica y toma en la Higuera su particular cuota de protagonismo, dándonos una sola figura de gran tamaño en el mejor panel, señal inequívoca de que estuvo dotada de una innegable trascendencia para la comunidad que la gestó, en este caso un grupo no muy numeroso con una economía de subsistencia que tan solo generaba lo necesario para cubrir sus necesidades básicas y poco más.

Lejos de aditamentos culturales y espacios sacralizados, el significado de la figura de La Higuera se nos antoja como algo por fuerza reconocido en el imaginario popular y probablemente enraizado en esos relatos míticos que algunos autores desde la antropología¹⁶ o la prehistoria¹⁷, entre otros, vienen proponiendo como una saludable reacción frente al hermetismo descriptivo, y que dotan de sentido a no pocas escenas del arte rupestre, en las que más allá de los aspectos cronológicos o estilísticos, casi siempre escuchamos latir con fuerza un sustrato repleto de tradiciones orales, de ceremonias, rituales, y mitologías primitivas, muchas de ellas con un significado sagrado y trascendente, entre las que la figura de La Higuera podría encontrar un buen acomodo.

La idea de una divinidad, solemne y hierática, de generosos brazos abiertos y provista de un abultado cabello, o quizás con algún tocado de cabeza, no se resiste a la comparación con otras iconografías que bajo diferentes variables, nos remiten a un mismo patrón sagrado de divinidad protectora en el que las figuras de cabellos o tocados globulares son tenidas por seres principales o de rango enaltecido. Es verdad que el expresivo lenguaje visual del arte levantino desde el que se proponen algunos de estos relatos queda muy lejos del hieratismo de la figura de la cueva de La Higuera, una imagen tan esquemáticamente trazada que por fuerza ha de definirse como asexual, incumpliendo en apariencia con esos atributos tan propios de las iconografías de la diosa madre. Sin embargo, una mirada más atenta nos hace preguntarnos si el personaje aquí representado no será una modesta recreación, una especie de obrita menor inmersa en una fase ya avanzada del neolítico, la misma que la datación y los elementos de su cultura material nos proponen, que nos colocaría ante una diosa-dama protectora ligada a

¹⁶ L. Cencillo Ramírez, *Los Mitos. Sus mundos y su verdad*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1998; J. Campbell, *Las mascararas de Dios. Mitología primitiva*. (Madrid: Alianza Editorial, 2000).

¹⁷ J. F. Jordán Montes, "La memoria del espíritu: mitogramas de fecundidad y de viajes trascendentes entre el Magdaleniense franco-cantábrico y el arte rupestre mesolítico español". *Serie Arqueológica num 25. Varia XIII* (2019): 39-112; . J. F. Jordán Montes, "¿Existieron relatos míticos en el arte rupestre levantino?. El mito de la creación en el arte rupestre levantino". *Cuadernos de Arte Prehistórico num 14* (2022): 35-84. M. Á. Mateo Saura, *Mateo Saura, M. Á. (2007): La Cañaica del Calar II. (Moratalla, Murcia)*. Murcia: Consejería de Educación. Dirección General de Cultura, 2007; M. Á. Mateo Saura, *Mateo Saura, M. Á. "La regionalización del arte levantino en el Alto Segura. La figura humana como paradigma"*. *Serie Arqueológica num 25. Varia XIII* (2019): 9-38; M. Á. Mateo Saura, "Aportación a la iconografía de la escena hierogámica del abrigo del Barranco Segovia (Letur, Albacete)". *Cuadernos de Arte Prehistórico num 13* (2022): 10-19.

los ciclos agropecuarios –aquí también pescadores-, que de manera casi abstracta, sin alardes iconográficos ni atributos destacados, fue reconocida por las gentes de La Higuera como advocación propia, eligiendo para ello un lugar estratégico en el que situarla, justo sobre el dintel rocoso por el que obligadamente se accedía a la cueva.

Nada hay en este yacimiento que pueda respaldar su condición de santuario. Más bien al contrario, todo lo que de él se infiere es doméstico, funcional, modesto y hasta cotidiano. La imagen se representó allí, sea o no diosa madre, cumpla o no con los estándares de la mitografía, debió tener un especial significado identitario y seguramente formó parte del legado trascendente de aquellos humildes pescadores, de la esencia de su cultura al fin y al cabo.

Bibliografía

Arias Cabal, P., De cazadores a campesinos. Historia de la Humanidad. Madrid: Arlanza ediciones, 1997.

Baldellou, V., Painaud, A., Calvo, M. J. y Ayuso, P. “Las pinturas rupestres de Remosillo en el congosto de Olvena (Huesca)”. *Bolskan* num 13 (1996): 173-215.

Bicho, N.F., Stiner, M., Lindly, J. y Ferring, C. R. “O proceso de neolitizaçao na costa sudoeste”. En V. Oliveira Jorge (coord), *Neolitizaçao e megalitismo da Peninsula Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vila Real. 1999. num. 3 (2000): 11-22.

Campbell, J., *Las mascararas de Dios. Mitología primitiva*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

Cencillo Ramirez, L., *Los Mitos. Sus mundos y su verdad*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1998.

Gómez Vizcaíno, A., *Tierras de Poniente: La Azohía – Isla Plana*. Murcia: Editorial Aglaya, 2005.

Hernández, Pérez, M. S., Ferrer I Maset, P. y Català Ferrer, E., “La Sarga (Alcoi, Alicante) Nuevas imágenes, nuevas interpretaciones”. *Recerques del Museu d’Alcoi* num 16 (2007): 35-60.

Hernández Pérez, M. S., (2000): “Sobre la religión neolítica. A propósito del arte macrosquemático”. *Scripta in honorem Enrique Llobregat* vol I (2000): 137-155.

Hernández, Pérez, M. S., Ferrer I Maset, P. y Català Ferrer, E. *L’Art Esquematic. Catálogo de la Exposición*. Alicante: Centre d’Estudis Contestans, 2000).

Jordán Montes, J. F., “La memoria del espíritu: mitogramas de fecundidad y de viajes trascendentes entre el Magdaleniense franco-cantábrico y el arte rupestre mesolítico español”. Serie Arqueológica num 25. Varia XIII (2019): 39-112.

Jordán Montes, J. F., “¿Existieron relatos míticos en el arte rupestre levantino?. El mito de la creación en el arte rupestre levantino”. Cuadernos de Arte Prehistórico num 14 (2022): 35-84.

Mateo Saura, M. Á., La Cañaíca del Calar II. (Moratalla, Murcia). Murcia: Consejería de Educación. Dirección General de Cultura, 2007.

Mateo Saura, M. Á., “La regionalización del arte levantino en el Alto Segura. La figura humana como paradigma”. Serie Arqueológica num 25. Varia XIII (2019): 9-38.

Mateo Saura, M. Á., “Aportación a la iconografía de la escena hierogámica del abrigo del Barranco Segovia (Letur, Albacete)”. Cuadernos de Arte Prehistórico num 13 (2022): 10-19.

Martínez Andreu, M., “La Cueva del Algarrobo (Mazarrón, Murcia). Balance de las intervenciones de 1986 a 1996”. Memorias de Arqueología num 11 (2002): 45-66.

Martínez Andreu, M., “Nuevas propuestas para el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras en el sureste peninsular”. Estudios de arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia. Murcia: Universidad de Murcia, 2003, 145-154.

Martínez Andreu, M. y Sánchez Gómez, J. L., “La comarca de Cartagena. La Cueva de la Higuera. El Arte Rupestre”. En J. Mas (Dir), Historia de Cartagena vol II, Murcia: Ediciones Mediterráneo, 1986.

Martínez Andreu, M., “La Cueva de la Higuera (Isla Plana, Cartagena) en el contexto del arte rupestre postpaleolítico mediterráneo”. Mastia num 9 (2013): 51-77.

Mira Perales, H. A. y Gómez de Avellaneda, C., “Arte postpaleolítico esquemático del Abrigo de la Mela, Sorbas (Almería, España)”. Cuadernos de Arte Prehistórico num 14 (2022): 138-162.

Perez Ripoll, M., “La explotación ganadera durante el III milenio a.C. en la Península Ibérica”. II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Saguntum num 2 extra (1999): 95-103. Valencia.

Román Monroig, D., Martínez Andreu, M.; Aguilera, G., Fullola Pericot, J.M., Nadal, J. “Shellfish collectors on the seashore: The exploitation of the marine

environment between the end of the Palaeolithic and the Mesolithic in the Mediterranean Iberia". The journal of Islands and Coastal Archaeology num 17,1 (2020): 43-64.

Soler Díaz, J., Cova d'en Pardo. Arqueología en la Memoria. Alicante: MARQ y Ajuntament d'Alcoi, 2012.

Licencia Creative Commons Attribution
Nom-Comercial 4.0 Unported (CC BY-
NC 4.0) Licencia Internacional



**CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL**

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de la Revista

Financiamiento:

La investigación fue autofinanciada por el autor.

Conflictos de interés:

El autor declara no presentar conflicto de interés.